

A MIS COMPAÑEROS SOCIALISTAS ESPAÑOLES

Mi nombre es Mariano Redondo Martín.

Nací en Madrid el 14 de octubre de 1915.

Mi padre fue Cayetano Redondo Aceña. Era, a la fecha de mi nacimiento, cajista en la Imprenta del Ministerio de Fomento. Era miembro de la Asociación del Arte de Imprimir y afiliado a la Agrupación Socialista Madrileña.

Cayetano fue despedido de su trabajo a raíz de la huelga revolucionaria de agosto del año 17. Trabajó como cajista y corrector en la imprenta de Peña Cruz. Después, cuando el Partido fue quebrado material y financieramente por aventureros como Fabra Rivas, Núñez de Arenas, García Cortés, Lamonedada y otros que tengo en mente, algunos de ellos, como Fabra siguieron medrando en el Partido y otros, como Lamonedada regresaron a él cuando le podían hacer más daño; cuando el Partido y el periódico quedaron en su más mínima expresión, Saborit, Núñez Tomás, Fermín Blázquez, mi padre y algún otro, se hicieron cargo del periódico que, según mis recuerdos personales, en 1923 era una modesta hoja de cuatro páginas que salía de la imprenta hacía las cuatro de la tarde y que tenía una tirada de mil quinientos a dos mil ejemplares y se vendían, por mitad, entre Madrid y provincias. Trabajó en el periódico y en las ausencias de Saborit fue su Director.

Fue elegido concejal del Ayuntamiento de Madrid por el distrito de la Universidad el 12 de abril de 1931, en las elecciones que abocaron a la proclamación de la República el martes 14. En las elecciones de aquel año para elegir las Cortes Constituyentes la Comisión Ejecutiva le *encasilló* en una circunscripción en que se suponía que no obtendría suficientes votos para obtener un acta. Contra los pronósticos salió diputado por la provincia de Segovia.

El 7 de noviembre de 1936 se produjo una estampida de Madrid a Valencia, ante la que parecía inminente entrada de las fuerzas fascistas en la capital, de todos los nombres de relieve con, Largo Caballero, jefe del gobierno, a la cabeza. Los concejales socialistas de Madrid, los que no tenían más cargo de responsabilidad que ese, porque las tendencias en el Partido los tenía relegados, también huyeron. Sólo mi padre, Fernández Quer y Besteiro se quedaron. Como no había otro, fue Cayetano Redondo designado alcalde de Madrid.

Fueron removidos por decreto él y todos los otros concejales, incluido Besteiro, porque no mantenían la verbosidad belicosa y triunfalista que los dirigentes consideraban imprescindible y, sobre todo, en el Madrid sitiado, hambriento y heroico, su rígido sentido del deber era evidencia testimonial muy molesta. Fue designado, de a dedo, como Alcalde Enrique Henche, uno de los que, en la estampida, salió de los primeros y tardó meses en dar señales de vida.

Terminó mi padre la guerra en Jaén, relegado como insignificante Comisario del IX Cuerpo de Ejército, que mandaba el también socialista Francisco Menoyo y también relegado a un puesto que no se compaginaba ni con sus capacidades profesionales, con su integridad y su inquebrantable adhesión al Partido.

El 28 de marzo de 1939 dirigieron Menoyo y mi padre, desde la radio de Jaén y dos horas después, ya en la tarde, desde la radio de Baza, una breve alocución a los combatientes y a la población civil recomendando calma y manifestan-

do, como lo hicieron y lo demostraron catorce meses después, ante el pelotón de fusilamiento, que seguirían la misma suerte que los demás militares y civiles que honestamente habían servido a la República. Esperó Cayetano su detención, que ocurrió al día siguiente, en el despacho del Cuartel General que, como Menoyo, no abandonó. Estuvo detenido en Jaén y en Baza. Fue trasladado a la cárcel de Torrijos en Madrid y fusilado el 20 de mayo de 1940, hace ahora 44 años y cuando él no había cumplido los cincuenta y dos.

Mi madre, Asunción Martín, fiel compañera y amante madre de cuatro hijos, uno de los cuales murió en combate en el Puente de los Franceses el día 8 de marzo de 1939, mi madre, sin más actividad que su hogar, también estuvo presa y también fue condenada por auxilio a la rebelión.

* * *

Ingresé en las Juventudes Socialistas Madrileñas antes de la edad reglamentaria, en 1929 y obtuve el carné número 117. También ingresé en la Agrupación Socialista sin haber cumplido los 18, que disponía el reglamento. Como eso ocurrió en 1931, con la República y ya hablan llegado en aluvión arribistas y timoratos, mi carné fue el dos mil trescientos y pico.

Fui voluntario desde el primer día de la guerra civil. Pertenecí a las Milicias de *El Socialista*, que dirigió hasta su muerte en Santander, el periodista vasco Federico Ángulo. Ingresé, con todos mis compañeros, en el Cuerpo de Carabineros, constituyendo el XXI Batallón de aquel Cuerpo. Hice curso para oficiales en la Academia de Orihuela y una vez promovido a Teniente me destinaron a la Dirección General, que comandaba en aquel entonces Víctor Salazar, hombre de confianza de Prieto; cuando pedí que me mandaran a una unidad de línea, me destinaron al XX Batallón (ex-Motorizada), con sede en Barcelona. Volví a solicitar traslado a una verdadera unidad de combate y por fin logré estar en el frente, lejos del gobierno, de la retaguardia, de las rencillas, de las zancadillas y de las miserias, de los robos, de los crímenes y de toda la inmundicia que pareciera ser consustancial con los centros de poder, más intensamente en las guerras y, me atrevería a decir que, corregido y ausentado, en las guerras civiles. Terminé la guerra con el grado de Comandante, jefe de la Sección V (Cartografía) del E.M. del IX Cuerpo de Ejército.

Entré en la cárcel el 29 de marzo de 1939 en la ciudad de Baza y abandoné la prisión provincial de Granada, sin permiso de la autoridad competente, en diciembre de 1944. Trabajamos en la cárcel de Baza y Granada un pequeño grupo de socialistas entre los que siempre destacó por su entereza e inteligencia mi inolvidable compañero Fernando Arias Parga. Hicimos contactos con otras cárceles y pronto estuvimos en comunicación con luchadores como Carlos Rubiera, Currito López, Sócrates Gómez y otros muchos, la mayoría vilmente asesinados. Trabajé en Madrid al lado de compañeros como Juan Blanco, Máximo Rodríguez, Luis Fernández, Sócrates

Gómez y otros y, cuando *me quemé*, abandoné, también sin permiso, la península por Barcelona.

En Francia estuve tres años. Los primeros meses trabajé en el Partido en Tolosa (Toulouse) y renuncié a un modesto puesto de burócrata en las ejecutivas del Partido y la Unión por divergencias con aquellos hombres que se creían, como los de Méjico, que ellos eran el Partido y yo sostenía que el Partido estaba en Esparta. Marché a Marsella, donde trabajé ilegalmente como peón, pues nunca tuve en Francia estatuto legal de trabajador.

Con el éxodo inherente a la conclusión de la guerra mundial y la evacuación de los desplazados, logramos mi compañera —una hija de Manuel Muíño— y yo marchar a Guatemala. Me abrí pronto holgado camino. Durante cuatro años trabajé por mi cuenta como importador y distribuidor de medicinas. Proporcioné trabajo holgado a un pequeño y selecto grupo de guatemaltecos e irrité desmesuradamente a las potentísimas multinacionales productoras de medicinas que, por más que hicieron no pudieron desplazarme. Al ser derribado por la CIA el gobierno de Jacobo Arbenz fui preso y a los tres meses expulsado por extranjero indeseable. Me hicieron cruzar unos esbirros el río que separa Guatemala de Méjico desnudo y acosado a tiros. En aquella ocasión no dejé viuda y tres huérfanos, porque la inteligente diligencia de Pacita, mí compañera, logró frustrar, denunciando mi secuestro ante influyentes representantes diplomáticos e incluso a los propios agentes de la CIA que como agregados laborales y culturales manipulaban desde la embajada gringa, la disposición a asesinarme de aquellos criminales.

Nos trasladamos mi mujer, nuestros tres pequeños hijos y yo a Venezuela, donde intentaríamos rehacer, nuevamente desde cero, nuestro hogar. En el sismo aeropuerto de Caracas me detuvo la policía política del dictador Pérez Jiménez y, también a los tres meses, me expulsaron —esta vez con legalidad burocrática y por avión— hacia la Argentina. Me residencié en el Uruguay, ya que la dictadura del demagogo populista Perón no me era ni simpática ni propicia.

En el Uruguay, en cuanto empecé a trabajar, nos reunimos la familia y vivimos quizás los cuatro más tranquilos y más fecundos años de nuestras vidas. Trabajé allí como visitador médico y fui miembro de la organización sindical y del Partido Socialista uruguayo. Colaboré en la medida de mis discretas posibilidades económicas con el insignificante grupo de compañeros socialistas exilados, todos ellos modestísimos trabajadores manuales.

Cuando la situación económica y política del Uruguay empezó a deteriorarse, resolvimos —para evitar un traspies como el de Guatemala y el de Venezuela— regresar a este último país en diciembre de 1959, donde existía ya, con posibilidades cumplidas de permanencia, un régimen relativamente —y tomen nota del calificativo, porque sobre él hemos de volver— democrático y relativamente respetuoso de los derechos humanos.

En Venezuela residimos desde pronto hará un cuarto de siglo. Mis hijos, ya hombres, se han abierto camino y proclamo con orgullo que los tres son profesionalmente destacados, moralmente íntegros y políticamente socialistas de sólidas convicciones.

Trabajé como asalariado durante casi veinte años para enormes empresas capitalistas en puestos importantes de sus departamentos de ventas. Diseñe, constituí y puse en marcha un par de empresas que siguen funcionando y produciendo di-

videndos y de las que fue fácil sacarme, porque cuando se trata de intereses económicos siempre he cedido el paso y he hecho dejación de mis derechos ante pillos y aprovechados. Fundé sin ningún capital y con mucha dedicación, una modesta fábrica de proceso y venta de bolsas de polietileno que nunca pudo despegar y convertirse en algo importante porque la estructura económica, política y ética del país no es la adecuada para que prosperen hombres de mi formación y mi trayectoria.

Hoy, en el umbral de los setenta años, vivimos Pacita y yo muy modestamente con los ingresos que me proporciona el confeccionar (en el microcomputador en que escribo este trabajo y que, con unos pocos libros, son nuestros únicos bienes de fortuna) tesis de grado, trabajos de ascenso, artículos e informes científicos y otros similares; trabajo inestable y que requiere muchas horas de atenta dedicación para recibir las monedas con que pagar el alquiler de la vivienda y llenar el estómago, que son los únicos egresos que nos podemos permitir.

Algún tiempo libre me queda para escribir mis cosas y plasmar mis inquietudes y eso es lo que, dando fin a este comprimido, pero necesario introito, voy a hacer.

* * *

Por considerarlo necesario para mis reflexiones posteriores me veo precisado de anotar, lo más brevemente de que sea capaz, mis más destacadas actuaciones como socialista en el exilio.

Pero bueno será echar por delante que desde mis trece años, cuando empecé a trabajar como botones en *El Socialista*, y a todo lo largo de mi ya dilatada vida, siempre me he considerado socialista, pero socialista español. Como tal he procurado siempre conducirme, porque siempre he tenido como divisa el obrar de tal forma que mi padre, si pudiera juzgarme, se sintiera, si no orgulloso, al menos satisfecho de mi conducta. Soy, por lo tanto, y nunca he dejado de serlo, socialista y español. Y valga, en este mismo párrafo, otra declaración que considero necesaria: nunca he abandonado España.

Si bien hace cerca de cuarenta años que no piso el viejo solar de mis mayores (padre y madre eran castellanos viejos y yo nací y viví en Castilla la Nueva), salvo los cuatro años que viví en Francia, nunca he dejado de estar en España, porque toda la América, desde el río Bravo, hasta la Patagonia la considero un trozo más, inmenso y múltiple, de mi país, de mi pueblo. Me siento tan español aquí, en cualquier punto de esta Nueva España, como me sentiré venezolano, o uruguayo, o guatemalteco o cubano en la península, si es que algún día alcanzó a regresar a ella.

Y hecha la declaración de que me considero socialista, español y que siempre viví en España, pasó a relatar, como dije más arriba, mi modesta actuación como socialista desarraigado a lo largo de estos años.

En 1947, en Tolosa de Francia, Sección a la que pertenecía, ante la eminencia de la celebración de una Convención de socialistas españoles en el exilio, llamada pomposamente Congreso del PSOE, presenté una proposición cuya síntesis es:

a) el PSOE está en España, en el interior de España y los

compañeros que allí trabajan y los que no lo hacen porque no pueden, pero son socialistas, son los únicos que tienen derecho a dirigir el Partido y a hablar en nombre de él;

- b) los socialistas que tenemos la fortuna de estar lejos de las garras del régimen y que en el caso de muchos de los dirigentes lo están porque no cumplieron con sus obligaciones y abandonaron cobardemente a correligionarios y subordinados, la principal, casi la única obligación y una penitencia que pudiera ayudar a lavar sus pecados, la exclusiva obligación es ayudar a los hombres del interior y, políticamente, obedecer las instrucciones que de allí reciban; y
- c) en cuantas ocasiones tengan que emitir opiniones de tipo político y realizar gestiones ante los partidos hermanos y cualesquiera otras, han de hacerlo y declararlo echando por delante que representan a los socialistas españoles que luchan en España y autorizados por ellos lo hacen.

La proposición, que fue rechazada por inmensa mayoría, dio motivo a que la asamblea en que se discutió se prolongará a lo largo de tres consecutivas noches y que la asistencia fuera de más de mil afiliados, casi la totalidad de los inscritos, Aquellos obreros no calificados, que debían levantarse a las cinco de la mañana para llegar a la fábrica o el taller, velaron hasta las dos y las tres de la madrugada para escuchar expectantes y encandilados, muchos de ellos por primera y única vez, el desarrollo de un larga y polémica asamblea. Fue tan polémica que dio motivo a que se desplazaran desde Londres y desde París (Méjico quedaba muy lejos), líderes que intentarían y lograron, disuadir a la mayoría de aprobar la proposición, porque los ejecutivos de Tolosa y los dirigentes locales (y los había de campanillas) se consideraban derrotados.

Nueva oportunidad tuve en Caracas (noviembre de 1960) de reiterar mis puntos de vista. Ante la proximidad de la celebración de la reunión que se celebró en París en agosto del año siguiente, redacté un largo escrito de más de treinta páginas (único documento sobre aquellas inquietudes, cuya copia conservo) en que proponía a la seccional Caracas del PSOE lo que consideraba que debiera ser postura política que adoptara aquella reunión a celebrarse en París y que era, con leves variaciones más semánticas que de fondo, la misma que queda anotada líneas arriba.

Larga sería la enumeración de los vapuleos que la tal proposición aguantó. Hubo intentos de rechazo simple y llano; hubo intentos de modificación hasta desvirtuarla de su contenido; hubo otros intentos, más sutiles, de parcial tergiversación y acomodo y, al final y para mi sorpresa, tras muchos tiras y aflojas, ante mi tozudez e intolerancia, la proposición se aprobó y se mandó a Tolosa para ser incluida en la Memoria, cosa que se hizo una vez bien maquillada y, virtualmente, torcida su intención.

Como era de cajón, una vez aprobada la proposición de la cual yo era autor, a la hora de seleccionar los representantes del grupo de Caracas que asistirían a la asamblea de París, hube de ser designado. Conmigo fueron elegidos los compañeros Rafael Campillo y Juan Tundidor. No viene al caso relatar las incidencias que culminaron en que sólo yo llegara a París. Así ocurrió.

Sería largo también contar en detalle —que afortunadamente ya he olvidado— las maniobras, las zancadillas, *las cuestiones de orden* y demás sucios recursos que por connotados socialistas (y maniobreros) se exhibieron para mantenerme callado. Un día, creó que fue en la cuarta sesión, golpeando con la silla sobre la mesa —antes de que Kruschév golpeará con el

zapato en la ONU— exigí y obtuve hablar sin trampas ni limitaciones, porque para eso había llegado de tan lejos. Hablé creo, por más de una hora. Obtuve aplausos y adhesiones. Y así debí dejarlo, sin pedir que la propuesta se sometiera a votación, porque, como en Tolosa, como en todas partes en polémicas y discusiones políticas, a la hora de levantar la mano, las maniobras, la clientela, los halagos, las amenazas, el caciquismo, derrota a los hombres bien intencionados y nada ambiciosos y, una vez más, me quede solo o casi solo.

* * *

El año 36, quizás antes, el 34, se produce en el Partido una fractura, se rompe el normal discurrir del proceso vital. La sublevación de octubre, las juventudes socialistas unificadas, el PSUC, la inflexibilidad de las posturas políticas, el dinero generosamente regado y las promesas de los sicarios de Stalin, la guerra con todas sus secuelas y otros cuantos síntomas que evidencian la gravedad del mal, me permiten aseverar que desde entonces, desapareció la democracia interna en el Partido.

Aquellos acontecimientos ya lejanos y, para la mayoría de los socialistas de hoy, probablemente tan remotos como las guerras carlistas o la invasión napoleónica, supusieron para mí la apertura de un paréntesis, paréntesis que aun hoy no se ha cerrado. Se cerrara —ojalá ocurra— el día que en la España de allende el mar pueda ser un socialista español más en la Agrupación de la localidad en que resida. Ese día procurare seguir siendo un afiliado activo en mi agrupación y defenderé, con todo ardor y amparándome en todos los recursos que el libre juego democrático me otorgue, mis puntos de vista, aunque, como ha ocurrido siempre, a la hora de la votación sea derrotado, pues es evidente que, como eterno heterodoxo, siempre he de estar nadando contra la corriente.

* * *

La generación española a la que pertenezco, en lo político y en lo social fue una generación estéril, no cumplida, no sincronizada con el acaecer. Nacimos o antes o después de tiempo. Llegamos a la juventud inmaduros y llenos de esperanzas, como todos, y nos hundimos en el torbellino de la guerra. Nos hicimos hombres y maduramos a los trancazos, sin oportunidad alguna de adquirir una mediana formación política, social. No tuvimos ninguna oportunidad de formarnos ejerciendo la asociación, la ciudadanía, siendo miembros activos de nuestras comunidades. Ahí anduvimos escondidos, agazapados, procurando pasar inadvertidos, para evitarnos el acoso y la venganza. Aquí, los que en toda o en buena parte del interregno, hemos vivido fuera de la península, poca o ninguna oportunidad hemos tenido de participar en las lides políticas de nuestros países de adopción, la suspicacia aldeana —excepción hecha del Uruguay que conocí y que quiere renacer— nos ha mantenido apartados de la actividad política.

Cuando en la península se despeja el camino, cuando se abren las nubes y aparece el sol, ya todos los hombres de aquella generación somos viejos y sin experiencia y otros más jóvenes y con más bríos, aunque no con más experiencia que nosotros, saltan a la palestra y ocupan las posiciones que los que tuvimos inquietudes políticas hubiéramos querido llenar.

* * *

Y nuestra generación transcurre cuando se está iniciando una nueva era de la vida del hombre sobre la faz de la tierra. En lo que a transformación técnica se refiere ha ocurrido, esta ocurriendo una revolución y en medio de ella vivimos. Los hombres que nacimos en las dos primeras décadas de este siglo oímos maldecir, y no siempre a gentes ignorantes, de la locomotora y del automóvil, porque eran endemoniados ingenios que anunciaban el fin de mundo. Escribimos en las primeras máquinas de escribir que se construyeron, armatostes hoy, comparados con el silencioso aparato que tengo ante mí, verdaderamente prehistóricos; dimos vueltas al manubrio de algo que, pasando el tiempo, pero muy breve para la vida de un hombre, sería el teléfono; oímos algo que dijimos que era música, buscando el ruido en una caja con un sintonizador de galena, que luego fue la radio y que, al poco rato, sin haber digerido lo primero, se convirtió en la televisión. Nos dijeron en la escuela doctoral, axiomáticamente, que la electricidad era un fenómeno (y eran fenómenos, y había muchos, todo lo que aún era inexplicable) y que los elementos o cuerpos simples eran ochenta, que esos eran y seguirían siendo por siempre todos y que nunca, nunca se podrían desintegrar.

* * *

El hombre, durante los cinco mil años de que tiene historia escrita, había cubierto físicamente las distancias de su *inmenso mundo* a un idéntico ritmo. Los argeriones persas, los viatores romanos, los chasquis de! Inca, los veloces mensajeros napoleónicos (matando caballos), las intrépidos y incansables lanceros que seguían a Bolívar por estos interminables llanos y estas fragorosas montañas, los mensajeros y los viajeros de todos los tiempos y de todas las culturas, hacían proezas si cubrían veinte leguas en una jornada y tres días sobre el lomo del caballo exigía igual lapso de imprescindible descanso para animales y hombres. Y los caminos del agua eran perversos e inconsecuentes como mujer dañada. Hoy las distancias de diez o doce mil kilómetros las recorre en tres o cuatro horas, en un Concorde privado, cualquier millonario cantatriz y el más insignificante político cabildero visita veinte capitales de veinte estados, en los cinco continentes, en el leve curso de una semana.

Esa en cuanto a los hombres y sus muebles, porque en cuanto a la información y los medios de destrucción, cualquier pequeño burgués en cómoda butaca; cualquier obrero fabril en el cinturón de miseria de cualquier metrópolis; cualquier niño campesino en el café de la aldea; cualquier glorificador del progreso y de la cultura, en cualquier punto del planeta tierra, está viendo darse de mamporros y oyendo los gritos de los también muy civilizados ocupantes de las sillas de pista, en el momento mismo en que está ocurriendo el espectáculo en Kartum, en Manila, en Lima o Houston, a un negro puertorriqueño y un vietnamita de Saigón y Reagan, dentro de los cinco minutos siguientes a ser reelegido, si no hay quien ponga freno a su paranoia, lanzará mil ojivas atómicas sobre la humanidad de medio mundo al que odia, ojivas que alcanzarán sus objetivos, cuando ocurra, en contados minutos.

Vivimos en el ojo del ciclón y manejados los sofisticados instrumentos que tenemos a nuestro alcance con consoladora ignorancia, esperando que se han de comportar como el inventor y el constructor nos dijeron que iban a hacerlo. Y nos dijeron también y también lo creímos, que nos iban a servir para

vivir mejor. Hoy apretamos botones, movemos palancas, insertamos tarjetas o monedas y nos identificamos con estos artilugios y nos creemos dioses.

Antes de nacer nosotros, los viejos de hoy, una generación asimilaba cómodamente las innovaciones que iban apareciendo, porque, por muy revolucionarias que fueren, nacían y se difundían a un ritmo humano, con intervalos que ayudaban a su asimilación. Nacían y morían los hombres consustanciados con su mundo, al que comprendían y con el que se identificaban, porque, a sus ojos, el mundo que dejaban era el mismo que llevaron en la espalda durante todo el viaje. Nosotros, nuestra generación ya casi desaparecida, nació y se amamantó en un mundo remansado y, aparentemente inmutable. Cuando aún por nuestra edad no nos habíamos identificado con el contorno, se nos lanzó brutalmente en el torbellino de un mundo que no ha acabado de nacer y que no sabemos si quedará en nonato.

Nuestra generación, la de los que nacieron en los primeros veinte años de este siglo, se ha visto obligada, voluntaria o a contrapelo, a revisar varias veces sus concepciones y sus creencias y a empezar desde cero en varias oportunidades. A ello nos ha obligado la revolución técnica, mecánica, física —tecnológica, se dice ahora— que nos acorrala.

* * *

Pero, olvidándonos de momento de que existe la teoría del materialismo histórico, mencionemos otra zona, otra porción de la realidad humana, la zona de la conducta, de la conciencia, del raciocinio, del albedrío, de las creencias ancestrales, de los tabúes, del odio, del miedo, de la ira, del amor y del deber. Esa zona, esa porción, también es determinante, y lo es mucho, en el discurrir de la vida humana —la propia y la de los semejantes— e influye poderosamente en la historia. En esa zona, en esa porción no ha ocurrido desde hace miles de años, no está ocurriendo ahora, ninguna revolución, si acaso —y hay que dudarlo— podríamos aceptar, si mucho insiste el apologista, que en ese ámbito el hombre sufra una imperceptible evolución, un proceso que, hasta pudiera resultar degenerativo.

Las instintos y las pasiones de la especie humana pareciera que no han sufrido alteración alguna desde que el hombre deja expresión gráfica de su acontecer hasta nuestros días. Tumbas, piedras, herramientas, pinturas, esculturas, monumentos anteriores a la aparición de la escritura nos dicen de un hombre al que, sin esfuerzo alguno, comprendemos y con el que nos identificamos. Los primeros documentos escritos los libros sagrados de chinos, vedas, persas o judíos; las epopeyas y las tragedias griegas, las sagas nórdicas y toda la inmensa literatura que hemos heredado, nos retratan unos pueblos y unos hombres que odian, matan, esclavizan, aman, se inmolan, nacen, viven y mueren como nosotros. Los fastos sangrientos de Atila, las pirámides de calaveras de Gengis Kan, la reducción de seis y medio millones de mexicanos a apenas un millón en los años de la conquista cortesiana, no son más atroces que las crueldades que Goya nos pinta en su serie negra. Ni los hornos crematorios nazis son más monstruosos que los campos de concentración estalinianos. Pero tampoco las matanzas de Nabidia desdican los asesinatos del judío Beguin. Ni los muy católicos Pinochet, Videla, Somoza, Trujillo... han sido y son menos sanguinarios que los yanquis

pioneros del oeste, los bandeirantes paulistas del Brasil, los enriquecidos y emblasonados piratas de la compañía de Indias, los holandeses de Batavia o los belgas del Congo. En la mente del hombre no se ha producido ninguna revolución. Si ha habido o hay evolución, ésta debe de ser tan lenta que después de doscientas o más generaciones somos incapaces de percibirla y, por tanto, tampoco estamos en condiciones de anotar que la tal hipotética evolución no sea regresiva.

La tierra, en virtud de los mayores conocimientos técnicos, en virtud de la aplicación de esos conocimientos, se achica hasta convertirse, de un inmenso globo, en un garbanzo, Y se empequeñece más aun, porque se satura de seres humanos. No recuerdo sí cada siete, cada catorce o cada veintiún años (cualquiera de las tres magnitudes es escalofriante, porque representa tres veces o más el decurso de una vida humana) la tierra dobla el número de sus inmisericordes depredadores. La avaricia, el egoísmo, la crueldad de estos seres de hoy y de mañana, individual y colectivamente, puede parangonarse, y con ventaja, con la de los monstruos cuyo recuerdo ha llegado hasta nuestros días y de los cuales, pintándonoslos como héroes o como tiranos, están llenas las páginas de todos los manuales de historia. Jerjes, Alejandro, Cesar, Atila, Gengis Kan no lograron, ni de lejos, destruir tanto, asesinar tanto, emponzoñar tanto como Napoleón, Hitler, Stalin, Franco, Hiro-Hito o Eisenhower. Y no demuestran esos *forjadores de historia* menos odio, menos desprecio por la vida humana ni son menos crueles que los pigmeos, tales como Trujillo, Batista, Somoza, Videla, Branzer, Pinochet, D'Aubuisson, etc., que no tienen tanto espacio en el que mostrar su vesania, pero que, en el que tienen, la exhiben a cabalidad.

* * *

Hay otros síntomas que nos ayudan a determinar el camino que estados recorriendo y el abismo por el que nos hemos de despeñar irremisiblemente si no se produce el milagro —¿milagritos a estas alturas, Mariano?— de que los dos gigantes imperios empiecen a desarmarse y se orienten ellos y orienten a las pueblos que tutelan por caminos bien conocidos por filósofos, políticos, sociólogos, etc. Son caminos claros rectos que no precisan apoyarse en complicadas teorías defendidas por ganardonados sabios economistas o politólogos; son caminos que han predicado apóstoles en todas las edades y todas las culturas; son caminos tan sencillos como todos los grandes descubrimientos del cerebro humano, tan sencillos como la rueda, tan sencillas como la palanca,

* * *

Anotémoslos. Y, como en la sincopada ley mosaica, podríamos reducirlos a dos:

- **Ser honesto con uno mismo, que es la única forma de ser honesto con los demás.**
- **Prometer lo que se esté dispuesto a cumplir y en cumplirlo empeñar lo único que el hombre de verdad posee: la vida.**

* * *

Belicismo y militarismo

Son dos concepciones distintas. Sus antónimos son pacifismo y antimilitarismo, respectivamente. Si a nuestros contemporáneos hubiéramos de clasificar yo diría que belicistas son Reagan, la legión americana y el aparato gobernante soviético, la Thatcher, el gobierno surafricano y el estado judío; lo fueron Stalin, Hitler y Churchill. Lo son los conquistadores, los que ansían el poder absoluto y universal.

Militaristas: De Gaulle, Franco, todos los generales hispanos de ambas orillas del mar; lo son también, aunque aparentemente, sólo aparentemente, menos dañinos, los exploradores, los boy Scouts, los maestros de escuela que uniforman y alinean a los niños con el más leve pretexto, los bobalicones miembros del ejército de salvación; los mentecatos de todas las latitudes e ideologías que jerarquizan y estandarizan las más nimias actividades humanas, todos los hombres y mujeres que se despersonalizan para adquirir la forma externa (por dentro suelen estar vacíos) de lo que el atuendo que se ponen simboliza. Son militaristas peligrosos los gobernantes civiles que miman y servilmente se someten a los ejércitos de sus países y pomposamente hablan de la identidad nacional, de la defensa frente a los enemigos externos —que no los tienen y si los tienen no son los que ellos dicen— de las fronteras, de la bandera y del himno patrios, que pomposamente se rasgan las vestiduras y saben que están descarnadamente mintiendo. Son militaristas y de los más peligrosos por solapados, los que tratan con guante de seda a la casta militar parasitaria que, más que ninguna otra, impide un mejor reparto de los bienes que los hombres en la tierra producen.

Militarismo, que no belicismo es la pantomima que los Videla y los Menéndez montaron en el Atlántico sur. Y, para quien lo dude ahí están las conquistas por ellos alcanzadas.

Militares de uniforme, de entorchados y charreteras, de desfiles con bombo y platillos, eso son los incontables parásitos que en toda la extensión del solar hispano (incluido el Brasil, naturalmente) sangran a los cada día más depauperados pueblos. Buenos son para asesinar, para aherrojar y escarnecer a sus connacionales, para robar en las compras de armas, en la leche y el arroz destinados a los niños desnutridos y hasta en el rancho que dan a sus soldaditos. Y es que, además, esos militares nunca hicieron ninguna clase de guerra. Las guerras las hacen, las sufren los pueblos, que no son belicistas ni militaristas, pero que mueren, a veces hasta alegres, encandilados por la farfolla verborrérica *de héroes y mártires de pacotilla*, condecorados y lustrosos como obispos.

Sus ejércitos (ni defensivos, ni ofensivos, sólo represivos) no valen para hacer ninguna guerra del mundo de hoy. Ni en estas tierras, ni en las de Europa, Asia y África hay más ejércitos (y enloquecedoramente destructivos) que los gigantes de la guerra.

Nos dicen que son ejércitos *disuasivos*. ¿Disuasivos de qué? ¿Disuasión! ¿a quienes pretenden engañar? Bien reciente tenemos una pequeña evidencia. Durante la pantomima de las Malvinas, la Thatcher tenía dispuesto un submarino listo para disparar un cohete con ojiva atómica sobre la ciudad argentina de Córdoba. Y el hecho verdad es, porque nadie lo ha negado. El Pentágono y la CIA —y el glamoroso pavo real que los simboliza y por ellos habla— apoyaron a la John Bull con ovarios, en silencioso y efectivo gesto de solidaridad,

mientras los bullangueros e ineficientes gobernantes de todos estos nuestros pueblos hermanos, con permiso del caporal, armaron todo el guirigay que quisieron, pero ... ¡sin mover un dedo!, que para eso nadie les había dado luz verde. Y, sin mover un dedo, porque los ejércitos, ¡que los tienen!, son para ametrallar *guerrilleros* y torturar y asesinar heterodoxos, que no para reivindicar despojos territoriales y recuperar rapiñas de piratas.

* * *

Aunque una vez más pierda el deshilachado hilo del relato escribiré aquí que si el ejército español, que si el ministro de la perra del gobierno socialista quieren remozarse y ponerse a nivel tecnológico con los ejércitos de los países de la OTAN; si es cierto que se quiere demostrar capacidad militar y patriotismo, que el ejército recupere Gibraltar y devuelva Ceuta y Melilla a los marroquíes.

No se ría nadie de mis exabruptos, que no lo son tanto. Y no lo son porque eso es lógico. Si hay ejército es para hacer la guerra, mientras haya argumentos que la justifiquen. ¿Argumentos? Ahí tenéis Gibraltar; en Méjico hay que recuperar Tejas, Nuevo Méjico, California...; en Guatemala, Belice; en todo América, Puerto Rico; en Cuba, Guantánamo; en Colombia, Panamá, ¡sí, Panamá!, no hay error, un trozo de tierra colombiana desgajada hace ochenta años y convertida en colonia yanqui; en Venezuela tenemos Guayana y Trinidad y en Argentina intentar de nuevo recuperar las Malvinas.

Para eso son los ejércitos. Y, si para lo que son no sirven ¿para qué los queremos? Para mantener vagos engreídos, traficantes, contrabandistas y déspotas. Para eso parece que quieren que los queramos, para eso nos obligan a tenerlos. Porque el otro cacareado argumento: para disuadir. ¿A quién y de qué van a disuadir a nadie de nada si no son capaces de recuperar Gibraltar o las Malvinas?

¿Recuperar Gibraltar? No lo intentan, porque la paliza que les darían los hijos de la Gran Bretaña sería sonada. ¿Devolver Ceuta y Melilla? No lo hacen (ya lo hará algún gobernante reaccionario, como le pasó a Francia con Argel), porque esas dos ciudades africanas en poder de España pretextan en buena parte la existencia del tal ejército. Que vayan a recuperar Gibraltar, pero que vayan ellos, que son muchos, de brigadas para arriba y que son los que dicen que saben manejar aviones, tanques, misiles, etc. Que vayan los que saben y que a los soldados los manden para sus casas.

Machacando sobre Ceuta y Melilla quiero decir que son dos plazas fuertes militares y están en África. España, por lo menos la España socialista, no es colonialista. España es la península, las Baleares, las Canarias y las Canarias lo son mientras los canarios quieran que lo sean y los peninsulares no den motivos —con posturas nacionalistas de tiempos idos— para la irritación y el separatismo, También es España todos estos pueblos hispanos, estos pueblos que cada día resultan más incomprendidos ahí, Estos pueblos, si algún día se les quieren reivindicar, se les quieren reconquistar no serán monigotes disfrazados lo que lo logren. Serán hombres con espíritu de paz, amor a sus semejantes e inteligencia clara. ¡Esa sí es una misión! ¡ese sí es un destino! Dar a estos pueblos hermanos la ayuda, la solidaridad, el trato de iguales de que siempre debieron gozar y que, despectivamente siempre les negamos.

* * *

Belicismo y militarismo

Por un lado, la internacional sangrienta de los armamentos, la internacional, aun más sangrienta que la de los nuevos Krupp, los nuevos Schneider y los nuevos Novel, de las multinacionales de las finanzas y de la producción masiva.

Por el otro lado, Marx, Engels, Lafargue, Guesde, Jaurès, Iglesias, Vera, Rosa Luxemburgo, Kauski, Juan José Justo, Salvador Allende, Besteiro, Gómez Osorio, Carlos Rubiera, mi padre... la lista sería interminable y siempre incurriríamos en omisiones. Todos esos hombres y la miríada de seres anónimos, pero no menos meritorios, de los que debemos sentirnos deudores, ya que fueron nuestros inspiradores y nuestros maestros.

Mirando hacia tras y pensando en ellos y mirando hacia adelante y viendo la miseria, el hambre, la injusticia cada día más acentuada de todos nuestros pueblos hermanos es fácil decidir el rumbo y marchar por el camino correcto.

* * *

Sé que mi ejercicio —el presente ejercicio— carece de la más remota posibilidad de fraguar en acuerdos del Congreso del PSOE, sé que no pasa de ser un ejercicio retórico, porque las vías naturales son otras y yo no las puedo ejercer y, además, me acordé muy tarde. Pero si tengo la fortuna de que lleguen a las manos de algunos de los delegados al Congreso, me daría por muy bien pagado si estas deshilvanadas líneas en algo ayudaran a la adopción de acertadas decisiones que son, a mi entender, aquellas que ayuden al pueblo español a mantener vivas las esperanzas y la fe en el Partido Socialista Español.

Pongamos sobre el tapete, a título de enunciación y sin afán exhaustivo, algunas de las decisiones que el próximo Congreso de PSOE debiera considerar, discutir y, si procede, aprobar:

En lo institucional:

Democracia, sin adjetivos. Respeto a las minorías, descentralización y autonomía tan amplias como los ciudadanos deseen y estén en capacidad de ejercer.

En lo militar:

Como no se puede tener un ejército capaz de hablar tu a tu a los dos monstruos de la guerra, como la guerra hay pocos indicios que nos inclinen a creer que no estallará y cuando estalle es mejor no tener ejército o que éste sea muy débil y como no parece posible suprimirle en absoluto y de un plumazo, lo aconsejable es ir reduciéndole paulatinamente en su tamaño y en sus privilegios hasta que, en el plazo más breve posible, no sea más que un ejército simbólico como el de Suiza, el de Noruega o el de Costa Rica.

En las relaciones internacionales

Claridad y honestidad. Frente a los dos grandes colosos, equidistancia absoluta. Frente a Europa toda, amistad, colaboración, intercambio de bienes y servicios, solidaridad con los pueblos, no con los gobiernos; defensa moral de los perseguidos y presión en la medida de lo posible para hacer

valer sus derechos.

Frente a Israel:

Denunciar que es una sucursal y una herramienta de los Estados Unidos, que es un elemento de discordia, que son belicistas y usurpadores y tan totalitarios y fatídicos como los nazis que los persiguieron y, en cuanto tuvieron la oportunidad, lograron sobradamente justificar la persecución de que fueron objeto.

Frente a los países árabes:

Discriminar, como en todas partes y en todo momento, pueblos y gobierno, que casi nunca son la misma cosa. Manifestar de palabra y con hechos, si no de hostilidad, de rechazo, el repudio del régimen esclavista Saudita y sus similares; ayudar a todos a mejorar su condición humana, ser mediadores generosos en sus conflictos tribales o ideológicos y no intentar nunca en las relaciones con estos pueblos obtener ventajas o afianzar privilegios. Defender de verdad —no con palabrería vana— apoyar el derecho del pueblo palestino a vivir en paz en su país, del que fueron arbitraria y violentamente desposeídos.

Frente a América hispana:

Empezar por sentar doctrinalmente, ortodoxamente algunas premisas que serán precisas si algún día queremos conquistar el corazón y el cerebro de estos pueblos.

1. Estos países, estas repúblicas, estos pueblos son ***América española, América hispana, Hispano América, Indo América***. Nunca "Latinoamérica", nombre despectivo y discriminatorio con el que se quiere desconocer lo que de español tiene esta tierra. Nombre inventado y que insidiosamente ha tomado carta de naturaleza, por los ciudadanos de los Estados Unidos de norteamérica, que no son americanos por antonomasia, que no son tampoco norteamericanos, porque norteamericanos son también canadienses y mejicanos, que son sólo estadounidenses y nada más que estadounidenses.
2. El Congreso de PSOE debe hacer una declaración razonada, concreta, y para sus afiliados obligante, en que quede claro que América va desde el norte frío hasta la Tierra de Fuego, también fría. Que desde el río Bravo hasta la Patagonia, incluidas todas sus islas, se extiende Hispanoamérica. Que desde el istmo de Panamá (donde acaba Colombia) hasta el río Bravo es una parte hispana de norteamérica. Que los Estados Unidos, y no Norteamérica y menos aun América, es el trozo de tierra que queda incluido entre el río Bravo y los Grandes Lagos, el resto hacia el norte es Canadá, que también está en norteamérica.
3. El Congreso de PSOE debe acordar introducir en el Parlamento un proyecto de Ley por el cual se declare que todos los ciudadanos hispano americanos, sin perder su ciudadanía, ostentan la ciudadanía española y gozan de los derechos y contraen los deberes que tal ciudadanía irroga. Esta condición de españoles la poseen todos los hispanoamericanos por el solo hecho de hallarse en cualquier rincón del territorio en que el gobierno español tiene jurisdicción.
4. El Congreso debe acordar introducir un proyecto de ley en el que se declare que todos los delincuentes políticos o comunes de hispanoamérica serán considerados delincuentes de los mismos delitos y sometidos a juicio de acuerdo con las normas legales. Que España no es refugio de reyezuelos destronados, ladrones del erario, estafadores, tortu-

radores y toda la fauna de delincuentes y como tales los tratará.

5. El Congreso del PSOE debe acordar introducir un proyecto de Ley por el que se declare que España repudia de palabra y de hecho (ruptura de relaciones diplomáticas, comerciales, etc.) a los gobiernos de signo fascista y a sus sicarios; a los gobiernos de los países en que se persiga a sus ciudadanos por la ideología que profesan.
6. El gobierno español (en tal sentido debe instruirle el Congreso del PSOE) ha de romper relaciones con los gobiernos de Honduras, Guatemala, El Salvador, Granada, Haití, Paraguay y Chile y debe apoyar decidida y públicamente (como lo hace EE.UU. con los usurpadores) a todos los pueblos que valientemente, con las armas en la mano, están derramando generosamente su sangre en defensa de sus libertades y su inalienable derecho a ser dueños de su destino.

Al hacer todo lo que queda anotado el PSOE no está interfiriendo, cosa que sí hace de forma descarada y criminal el gobierno de los EE.UU., en la política interna de nuestros países, por dos razones primordiales y evidentes: primera, porque como españoles somos solidarios de todos nuestros hermanos hispanoamericanos y, segunda, porque como socialistas somos defensores de la justicia y la libertad allí donde sean injuriadas y, en nuestra inmediatez, con más razón.

7. El Congreso del PSOE debe declarar que si Centroamérica y el Caribe es el patio trasero de los EE.UU. (como se llena la boca diciendo Reagan) España declara que Centroamérica y el Caribe es parte espiritual de España y nuestra casa no ha de valer para patio ni cuadra de nadie. Que el PSOE pide al Gobierno de España que exija del Gobierno de EE.UU. el inmediato desalojo, pues su presencia es indeseable, de Puerto Rico, Guantánamo, del Departamento colombiano de Panamá y de las repúblicas centroamericanas en que mantiene tropas de ocupación.
8. El Congreso pide a la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE que estudie primero e informe y oriente después a los partidos hermanos de la Internacional Socialista y a la Internacional misma sobre los verdaderos correligionarios que en Hispanoamérica mantienen vivo el pensamiento socialista y representan, cara a sus pueblos, a los verdaderos socialistas. Pues si queremos ganar simpatías y conquistar voluntades en estos países tenemos que combatir al lado de los perseguidos, los desposeídos y los ultrajados, que no siempre son en estas latitudes, los que se dicen socialistas.
9. El Congreso del PSOE rinde entrañable homenaje a su valiente compañero Salvador Allende ya que fue el ÚNICO PRESIDENTE de Hispanoamérica, elegido por la voluntad de su pueblo, que puso en marcha sin debilidades ni subterfugios el programa que propugnó durante su campaña y el ÚNICO PRESIDENTE que defendió hasta ser asesinado el derecho adquirida y el deber de cumplirlo de ser el máximo dirigente del pueblo chileno. El Congreso del Partido Socialista Obrero Español declara que la monumental figura de Salvador Allende se agi-

gantaré cada día más hasta convertirse en el símbolo de los luchadores socialistas que saben morir en el campo de batalla para mantener la esperanza de un pueblo y la confianza en sus dirigentes,

10 y última. El Congreso del PSOE instruye a la Colisión Ejecutiva Federal, a los Parlamentarios y Ministros para que revisen concienzudamente todas las promesas, todos los compromisos que el Partido adquirió durante la exitosa campaña electoral que llevó al Partido a regir los destinos de España y que cumplan todos con coraje y determinación dichos compromisos, pues más importante que mandar es no defraudar la fe de los hombres que en el Partido creyeron.

Vayan con estas líneas mis mas sinceros votos de acierta en las deliberaciones del Congreso y mis más afectuosos saludos a todos los compañeros que hayan tenido la paciencia de leerme.

Mariano Redondo

Septiembre 1984